



El Camino a la Santidad de los Santos de Fátima

En su aparición a los niños de Fátima el 13 de Junio de 1917, Nuestra Señora les dijo que ella regresaría pronto a llevarse a Francisco y Jacinta al cielo. Francisco fue el primero; él murió el 4 de Abril de 1919, una de las veinte millones de víctimas de la epidemia mundial de influenza al cierre de la Primera Guerra Mundial. Jacinta fue otra; y la misma enfermedad le quitó la vida el 20 de Febrero de 1920.

Francisco veía su enfermedad como una oportunidad dada por Dios para ofrecer sacrificio continuo por pecadores, como la Señora vestida de blanco lo había animado a hacer. A sus nueve años, las apariciones habían despertado en él un fuerte deseo de soledad y oración. Atendiendo las ovejas junto con Jacinta y Lucía antes de que se enfermara, él a menudo se apartaba de ellas para pensar en lo que la Señora les había dicho y para orar como ella se lo había pedido. Él pronto se dedicó al rosario y pasaba las cuentas del rosario a través de sus dedos continuamente. A medida que la influenza afectaba sus fuerzas, se le veía caminar muy despacio hacia la escuela por temor de que el dolor de cabeza le causara que cayera. Pero él se negaba a quedarse en casa. En cambio, mientras los demás se iban a la escuela, Francisco se detenía en la



Lúcia Santos (izquierda) con sus primos Jacinta y Francisco Marto, 1917.

Iglesia y se quedaba orando frente al tabernáculo por las intenciones que las personas le habían confiado. Él vivió sus últimos meses con vistas a su próxima muerte. Cuando por fin llegó la hora, sus últimas palabras fueron estas: “¡Madre, mira esa hermosa luz por la puerta!”

Igual como su hermano, Jacinta de siete años aceptó voluntariamente la invitación de la Señora a sufrir por los pecadores. Y la gente le daba muchas oportunidades para hacerlo: los escépticos se burlaban de ella; sus vecinos la insultaron como mentirosa y como fraude. Al extender su fama fuera de Fátima, una agotadora y larga línea de visitantes venían para interrogarla, incluyendo sacerdotes que no creían su relato sobre las apariciones. Con paciencia más allá de sus años, la niña pagó sin

quejarse el precio de la notariadad no deseada.

Jacinta se contagió con la influenza en Octubre de 1918, antes que Francisco, pero ella lo sobrevivió por casi un año. Durante ese tiempo, Nuestra Señora se le apareció a ella repetidas veces para prepararla para la prueba que voluntariamente aceptó: ofrecer su muerte para la conversión de los pecadores. Así Jacinta se enteró de antemano de sus próximas hospitalizaciones – la primera por dos meses en Ourem cercano, para tratar una neumonía bronquial y un absceso; la segunda por la tuberculosis en un hospital demasiado lejano para visitar a la pequeña visionaria cuyo mayor temor estaba siendo abandonado por ella misma. Como ella le dijo a Lucía, Nuestra Señora reveló “que me voy a Lisboa, . . . que ya no te volveré a ver, ni tampoco a mis padres, y después de sufrir mucho, moriré sola”. Y así sucedió.

En las cortas vidas de San Francisco y Santa Jacinta, nosotros quienes hemos vivido más, podemos encontrar mucho que tomar en serio en imitación. La Señora vestida de blanco les enseñó a ellos hacer un don de su muerte para que los que han muerto en el pecado pudieran revivir en su Hijo. Si seguimos el camino de su confianza de niños en la Madre de Dios, tal vez ella nos lleve a nosotros a hacer lo mismo.